



## CAPÍTULO VIII

Doma Rosa el delicado cuerpo con cilicios, disciplinas, y cadenas.

**M**ARAVILLA fué que en un cuerpo consumido y atenuado con tantos ayunos, hubiese lugar para recibir tantas disciplinas, y que pudiese sacar y derramar sangre el golpe de los azotes. No obstante esto, era tanto el ardiente deseo que tenía de castigarse, que fué necesario que le fuesen mucho á la mano los confesores. Al principio, cuando vistió el hábito de Santa Catalina de Sena, no contenta con los látigos torcidos de que comunemente se componen las disciplinas, las fabricó ella de cadenas de hierro con las que todas las noches, á imitación de su Padre Santo Domingo, hería las espaldas y los hombros con tanto rigor, que se teñían de sangre la ropa interior, las paredes, y el suelo, como advirtieron muchos. Creía la inocente virgen que debía tomar tan rigurosa venganza de sus pecados; y movida, de conmiseración por las calamidades públicas, que el mundo padecía, procuraba por este medio, á ejemplo de la Seráfica Maestra, aplacar la justa ira de Dios, y mitigar su justicia.

Se sacrificaba como víctima cruenta, sin tener lástima de sí; ya por los trabajos de la Santa Madre Iglesia, ya por las calamidades de la patria, para impetrar clemencia, y excusar los azotes de Dios á costa de sus llagas.

Si amenezaba el cielo con algún castigo al reino del Perú, ó á Lima, su patria, procuraba apartarle, con sus disciplinas. Recordando las penas que padecen las almas del Purgatorio, duplicaba los golpes; para que los arroyos de su sangre apagasen parte del fuego, que las aflige. Con no menor desvelo, y costa negociaba con Dios socorros, para los que están en el trance de la muerte; considerádo que aquel último momento, es de tal importancia, que de él depende una eternidad. Pero por las culpas ajenas y para satisfacer por las injurias, que atrevidamente cometen los pecadores contra la magestad divina, por su desengaño, y conversión á más ajustada vida se martirizaba tanto, cuanto apenas es concebible. Distribuía en diversas partes del cuerpo las disciplinas, para que, mientras se curaban unas llagas otras se abriesen en otras partes: volviendo después á lastimar las primeras, antes que estuviesen del todo sanas. Esta sucesión alternativa y rigurosa, aumentaba tanto más los dolores, cuanto estaban hoy más sentidas las partes que fueron ayer cruelmente azotadas.

Solían los de su casa, sin entenderlo la virgen, escuchar con cautela todas las noches el estruendo de sus disciplinas; aunque ella se escondía en la parte mas retirada. Una vez, entre otras, les causó mayor novedad y horror; en ocasión en que Rosa, sin hacer distinción de los miembros de su cuerpo, ya estuviesen llagados del ejercicio del día anterior, ya estuviesen ilesos, descargaba severamente la mano, en todos; afligiendo todo el cuerpo con tanto ruido, que se oía de largas distancias. Dió ocasión á esto un alboroto que se levantó en la ciudad de Lima, de ligeros principios como casi siempre sucede. Fué el caso, que aquel va-



rón apostólico, miembro ilustre de de la Orden Seráfica, el venerable Padre Fr. Francisco Solano, esclarecido en vida, por la fama de su santidad, y después de muerto, por la gloria de sus prodigios dijo en el púlpito algunas cláusulas algo oscuras, á que el pueblo dió sentido, distinto del que el predicador intentaba. Con este motivo se apoderó de la ciudad el más súbito y repentino temor, esparciéndose un rumor vago, que había de undirle muy presto; y que esta era profecía, que había predicado el Padre Solano; cosa que ni él dijo, ni soñó decirlo. Rosa avisada del peligro que corría, ya el nombre, y el crédito de varón tan célebre, ya el sosiego público de la asustada y temerosa Lima, empleó aquella noche descargando sobre su cuerpo una verdadera tempestad de azotes, para quietar por este medio la turbación común de su patria; que á juicio de las personas sensatas era peor que el terremoto que se temía, por formidable que fuese. Tanto como esto valía en el aprecio de la Virgen sosegar vagos rumores del vulgo que nacen siempre de monstruosos efectos; y conservar ilesa la estimación de un varón venerado por apostólico.

El Maestro Fr. Juan de Lorenzana, confesor de la virgen juzgó que debía moderarse el rigor de las disciplinas, atendida la flaqueza de su cuerpo. Ella, empero, en vez de esto, pudo tanto con sus razones y súplicas que vino á alcanzar licencia para darse dentro del espacio de pocos días, no menos que cinco mil azotes, que es el número que Cristo recibió por nuestras culpas en su pasión, según que piadosamente se cree. Dado el permiso, no menos la puso en cuidado, pasar el número señalado, que no llegar á cumplirlo. Con el fin de no excederse, pedía licencia al confesor, cuantas veces necesitaban de su socorro, ó las calamidades de los prójimos, ó las necesidades públicas. Para llegar á cumplir la penitencia que se había impuesto, contaba atentamente los días, que impedida por alguna enfermedad que la obligaba á hacer cama, dejaba el santo

ejercicio. Dividía los golpes que había omitido en los días siguientes; para igualar puntualmente con esta añadidura, el número de los cinco mil azotes, para los cuales tenía licencia; no dejando por esto de recibir el número que á cada uno de aquellos días tocaba, según la primera cuenta y repartimiento. Con igual puntualidad obedeció al confesor, cuando le mandó que conmutase la cadena de hierro por una disciplina, compuesta de hilos de cordel bien torcido, áspera y llena de nudos; para que así con más humildad se conformase con el uso más común de su orden. Difícil es calcular aquí qué fué más meritorio en Rosa; ó el usar para mortificarse el cruel instrumento de disciplinas de hierro, que hacían surcos en las espaldas, ó el renunciarle prontamente, atendiendo á la obediencia.

Lo mucho que se inclinaba Rosa á usar con gusto los ejercicios de penitencia, lo manifestó casi desde su infancia, en la que se vislumbraron ya indicios manifiestos de lo mucho que había de ejercitarse en esta virtud. De cuatro años era cuando por no tener disciplinas, ni saber, ni poder hacerlas, comenzó á fatigar sus hombros; ya cargando sobre ellos adobes, ya lastimándose con un pesado tronco; como si desde entonces pusiese todo el conato en llevar la cruz en seguimiento de Cristo, que con tanto afán echó sobre sus hombros el afrentoso leño. Por algún tiempo sola Mariana, criada de la casa, fué sabedora de tan ocultas mortificaciones; sola ella era la confidente de Rosa. Llamándola á parte y retirándola ya á los sitios más remotos del huerto de su casa, ya á los desvanes y terrados más apartados, hincada de rodillas la rogaba que la cargase los hombros, con el peso de los ladrillos que estaban por allí tirados, viendo que ella sola no tenía fuerzas para echarlos sobre sus tiernas espaldas. Con este peso, que á la verdad la abrumaba, perseveraba una niña tan pequeña, puesta en oración prolija; y después hacía señas á la criada para que sin hacer ruido la ali-



viase, sin que lo sintiese su madre, la que si acaso lo viera, podría impedir semejantes ejercicios.

Otras veces la rogaba, encargándole encarecidamente el silencio, que la cargase los hombros, echando sobre ellos una viga tosca y sin labrar; recogiendo dentro de sí todas sus fuerzas, que eran bien cortas, para poder sostener tan desmedida carga todo el tiempo que tardaba en rezar algunas oraciones; por cierto bien largas. Forcejaba con el peso, gemía, luchaba, resistía, hasta que rendida por la carga, caía derribada al suelo. Eran estos, felices preludios de la penitencia, que en edad más madura, prometía no menos delicias al alma que afanes y fatigas al cuerpo.

Aun no había pasado de los catorce años, cuando se comenzó á notar en Rosa, entre otros ejercicios de penitencia, que de noche paseaba el huerto, los pies desnudos, con una cruz muy grande puesta en los hombros; y que no contenta con esto, dejaba caer á plomo las rodillas, hiriéndolas contra el suelo; midiendo de esta suerte con íntimos suspiros y lágrimas amargas los pasos de la via sacra del Calvario; sin que fuesen bastantes para que levantase la mano de este ejercicio, ni la destemplanza del aire, que en aquellas horas suele ser malsano en Lima, ni la oscuridad y tinieblas horribosas de la noche; porque sólo tenía por blanco su deseo, buscar por todos los caminos imaginables lo que era más molesto para su cuerpo.

Su confesor, como arriba dijimos, la había prohibido el uso de la cadena de hierro en las disciplinas. Ella, ateniéndose á lo que sonaban las palabras, interpretó el mandato de suerte que sólo le obligase á no disciplinarse con aquel instrumento; no, empero, á que le soltase del todo para que no le sirviese de mortificación y de pena. Y así dando tres vueltas á la cintura con la cadena y apretándola fuertemente, y echado un candado en los últimos eslabones, arrojó la llave donde ni ella misma, aunque la buscara, pudiese hallarla. Este género de tormento quedó oculto, porque no fué necesari-

rio dar parte á otros para ejecutarle, ni tuvo noticia su misma confidente, que era Mariana; y así era fácil que nadie lo entendiese, y quedase por mucho tiempo ó para siempre sepultado en el olvido. Mas no fué esa la voluntad de Dios; por lo cual se descubrió de este modo. Muy entrada la noche, estando Rosa en el lecho, la acometió un dolor agudísimo de caderas, que la medicina llama *ciática*. Sentía la afligida virgen que todo el mal nacía, como de causa, de la cadena que tenía ceñida, la cual, después de haber destrozado el cutis, había profundizado; haciendo asiento en la carne y en los nervios; por lo cual el frío del hierro había sido causa del dolor tan fuerte que sentía en los riñones y en el costado. Eran grandes sus congojas viendo que ni ella sola podía romper la cadena, ni abrir el candado estando sin la llave. Entre tanto crecía el tormento de la ciática hasta el punto de verse obligada, después de haber ahogado muchos gemidos, á gritar de modo que fuese oída. Despertando despavorida Mariana, saltó de la cama, llegóse á Rosa para favorecerla, prometiéndola su ayuda en cuanto pudiese; preguntándola también asustada y perpleja, cuál era el accidente que de improviso le había sobrevenido y cuál era la causa? Aquí la pobre Rosa se vió obligada á descubrirse y declarar todo su secreto á la criada, de quien se había recatado; para que le diese consejo y modo con que romper la cadena, antes que despertando su madre comprendiese lo que sucedía. Intentaron las dos, por cuantos medios estaban á su alcance, soltar la cadena; pero fueron inútiles todos sus esfuerzos. Ocurriósele á la criada que semejantes candados suelen abrirse con golpes; pero entretanto que iba á buscar un guijarro, temiendo Rosa que en vez de buscarle fuese á dar aviso á su madre, ó que ella por sí misma viniese llamada por el ruido y el alboroto; acogióse á la oración, que fué tan poderosa, que se abrió el candado. ¡Cosa maravillosa! Cuando volvía Mariana cargada con una piedra, oyó que el pestillo del candado había saltado, dando un estallido; y



viendo que estaba abierto, fueron las dos aflojando poco á poco la cadena, tirándola con tiento, hasta quitarla del todo: pero como estaba tan introducida en las carnes, fué necesario arrancarla á tirones por muchas partes, trayéndose de camino el pellejo y corriendo la sangre. Vencida con felicidad esta sangrienta lucha y agonía, volvióse Rosa á su quietud, dando lugar á que volviese Mariana á su primer reposo: y á la mañana, tan sosegada y tan serena como si no hubiera sucedido nada, asistió á la acostumbrada tarea de su labor.

Apenas se habían cerrado estas llagas, cuando volvió Rosa á ceñir su cadena, y traer consigo el instrumento de un dolor continuado, hasta que tuvo al fin noticia su confesor, no se sabe cómo, y la mandó que al punto le enviase la cadena así como estaba. Obedeció, arrancóla de la cintura, experimentando nuevos dolores, porque estaba segunda vez introducida en las carnes, envolviola con diligencia en un lienzo, juntamente con el candado que la cerraba, dióselo al sacristán, Fr. Blás Martínez, para que la entregase en propia mano al confesor que la había pedido. El sacristán juzgando por el peso, que llevaba algunas cadenas de oro ó joyas preciosas, en apartándose de la virgen desató el envoltorio, y halló un tesoro muy distinto del que entendía; vió una cadena de hierro bañada en sangre reciente, que por varias partes tenía pegada carne y pellejos, como puntas que la esmaltaban. Algunos eslabones de esta cadena se conservaron por mucho tiempo, después de muerta Rosa, en poder de Doña María de Uusateguí y despedían de sí suavísima y peregrina fragancia.

Ni aún las pulpas de los brazos se vieron exentas de especial mortificación en Rosa, porque las traía ligadas fuertemente con cintas que atormentaban los brazos cuando se ofrecía levantar algo del suelo ó poner en alto las manos. Así acompañaba con profunda meditación á su Esposo en la prisión del huerto de Gethsémani y en las estaciones de Caifás, Anás y Pi-

latos. Aunque estaban bien apretadas las cintas no las había cubierto el pellejo de los brazos; y así pudo verlas Mariana, cuando curaba los hombros maltratados á fuerza de disciplinas; diligencia que era muy continua, por tener abiertas las espaldas con las llagas de los azotes.

Mientras padecían los brazos con las prisiones y la cintura con la cadena, los pechos, los costados y los huecos que están debajo de los brazos no estaban ociosos, porque los molestaban manojos de ortigas y pequeñas puntas de espinas, para que no hubiese parte en su cuerpo que no padeciese; ya que por falta de dinero le faltaba cilicio que fuese á su gusto. Así Rosa era vivo trasunto de la azucena, entre espinas que celebra el sagrado libro de los Cantares.

Cuando se vió enriquecida con un pequeño cilicio que le dió una persona devota, parecióle que era dádiva de mucha estima y presente de mucho precio; y que no había púrpura ni otra tela, por rica que fuese, que pudiese comparársele. Daba los parabienes al enflaquecido cuerpo, que temblaba á la vista de aquel nuevo instrumento de mortificación.

Al principio, aunque sintió aspereza, era menos de la que deseaba la virgen, porque apenas excedía la medida de media vara; y ella apetecía un cilicio muy ancho, que pudiese dar al cuerpo vuelta entera por todas partes. Pero después le dió otro mayor cierta persona religiosa, que colmó de todo punto el contento de Rosa. Tenía mangas, y desde el cuello se extendía hasta más abajo de las rodillas, extraordinariamente áspero y tupido, tejido de gruesas cerdas de caballo, poco menos pesado que una cota de malla. Siendo el cilicio tan grueso, que no permitía á la santa el doblarse, parece debía satisfacer los deseos de penitencia que la abrazaban. Con todo esto aun no pudo llenar del todo el afán insaciable que tenía Rosa de hacer guerra á su cuerpo; y así le armó por dentro con delgadas puntas de agujas, repartidas por todas partes. Usó del peniten-



te vestido por muchos años, hasta que repitiéndose los vómitos de sangre, obligada por mandato que no podía desobedecer, tuvo que abstenerse del cilicio, que tanto daño la hacía.

Pronto inventó otro nuevo modo de castigarse, que ocultamente sustituyese el pasado tormento con menos riesgo de su salud, mas no con menor molestia. Fabricó un saco pesado de toscó sayal, muy grueso y muy doble. Era de la forma de una camisa; y porque no pudiese conocerse la tela, cubrió las bocamangas de lienzo delgado. Con este peso se abrasaba en verano y se helaba en invierno, cansábase, fatigábase á cada paso; falta y apurada de fuerzas, no podía andar ni moverse sin hallar dificultades. Si se sentaba ó ponía de rodillas, era casi imposible levantarse en pie. No había movimiento que no fuese penoso. Desfallecían los miembros con la pesada carga y parecíale que el vestido interior no era de cáñamo sino de planchas de plomo. En tanta batería de mortificaciones, sólo las plantas de los pies, á los que no alcanzaba la disciplina ni lastimaban las cerdas ásperas del cilicio, parece que estaban libres. Con todo esto halló modo Rosa, domadora solícita de la carne, para que les cupiese parte de los rigores. Y así cuando en casa se encendía el horno para cocer pan, valiase de la ocasión y ponía los pies desnudos en la boca del horno, donde es más vehemente el ardor de la llama, meditando lo acerbo de las penas del infierno, que ella entendía muy de veras merecían sus culpas.

Así se verificó que desde la planta del pie hasta lo alto de la cabeza no quedó parte alguna en el cuerpo en que no ejercitase voluntarios tormentos tomados por su mano y buscados con su industria.

Con estos regalos halagaba su cuerpo Rosa, al que por estar consumido con enfermedades continuas le sobraban penas y trabajos. Y con todo esto aun no se satisfacía el deseo que tenía de intentar mayores empresas, en materia de rigores, y austeridades. Si los prudentes confesores no le hubieran ido á la mano,

interponiendo el mandato y amonestándola frecuentemente, que en los ejercicios de mortificación se habían de ajustar discretamente los santos deseos con lo que podían sufrir las fuerzas del cuerpo, aún hubiera tratado con mayor rigor su carne.

Para que se vea qué poco apasionada fué de su cuerpo, baste considerar que la virgen vivía tan cautelosa, y tan prevenida, qué aun no permitía que las delicias, y gustos del espíritu redundasen en el cuerpo. De pocos amigos de Dios se lee que pusiesen en esto especial cuidado; sólo de aquel gran varón, Gregorio López, que vivió en Méjico, lo había leído Rosa, y al punto le tomó por ejemplar, para imitarle. Hasta en esta sutil división de la carne y del espíritu, quiso la virgen conformarse con el Esposo crucificado, sabiendo que este Señor no había permitido que la gloria del alma se comunicase al cuerpo mientras fué mortal, ni los gozos de la parte superior á la porción inferior, para dar más lugar al sentimiento de los dolores de su pasión. Experimentaba Rosa, que con el admirable sabor, y gusto de los dones celestiales, se llenaba de dulzura el espíritu, se embriagaba el alma, y se sazónaba todo el hombre interior; y con todo esto, entre tantas dichas, procuraba cuanto podía, que al miserable cuerpo, cargado de mortificaciones y penitencias no alcanzase siquiera una migaja de aquel convite opíparo, de que parece debía participar por la unión que tiene con el alma. Rosa sólo quería cuerpo para hacerle padecer; no para que gozase regalos, aunque fuesen tan lícitos, y tan justificados. Y si el Rey de la gloria, tal vez la introducía en los secretos retretes, y en la despensa abundante de todos los bienes con qué festeja, y acaricia á sus amigos; mandaba ella al cuerpo que se quedase fuera, y que esperase. Creemos, que este nunca visto divorcio entre cuerpo, y alma debe contarse entre las más sublimes, más admirables y más gloriosas proezas de nuestra virgen.